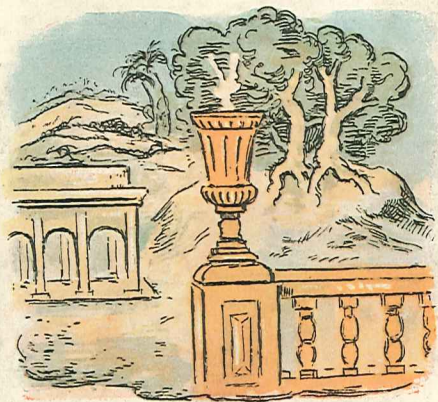




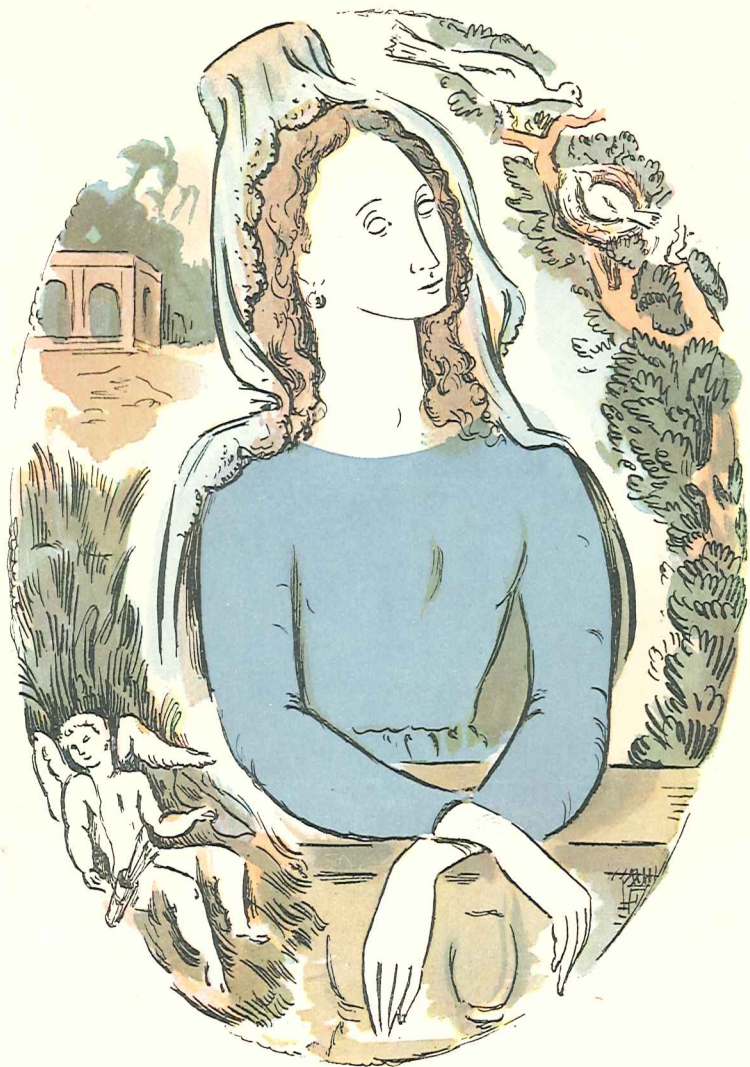
LIRA ROMÁNTICA SUDAMERICANA

LIRA ROMÁNTICA
SUDAMERICANA



COLECCIÓN BUEN AIRE

\$ 2.75 m/arg.



LIRA ROMÁNTICA SUDAMERICANA

NUEVA EDICIÓN



EMECÉ EDITORES, S. A. — BUENOS AIRES

Selección y prólogo de Manuel Mujica Lainez
Ilustraciones de Raúl Veroni

LIRA ROMÁNTICA SUDAMERICANA
Selección y prólogo de Luis M. Baudizzone
Edición de junio de 1942. - Agotada.

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723.
Copyright by EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1946

PRÓLOGO

CUANDO a ella llegó el Romanticismo violentamente, con su golpe de corriente cálida —de Gulf Stream de las ideas—, América recobró la voz. ¿En qué edad remota la había perdido? ¿En qué templos de oro la había dejado, más allá de sus anchos ríos y de sus selvas, antes que desembarcaran en sus playas los guerreros del tonante arcabuz? Durante las centurias de la colonia, que caracterizó el vaivén de hamaca y el bostezo disimulado en la gorguera de almidón, los himnos huecos que se entonaban para celebrar el nacimiento de un infante, las justas eruditas que en las Universidades enredaban sus latines, y los juegos gongorinos en torno de los virreyes y de la gente eclesiástica, pretendieron ocupar el sitio de la ausente poesía nuestra. Produjose la independencia, y los bardos que cantaron la libertad del continente no consiguieron liberarse ellos mismos de una tradición clásica que ceñía antigua armadura sobre sus jóvenes movimientos y coartaba su espontaneidad. Juan Cruz Varela, Vicente López y Planes, Juan Crisóstomo Lafinur, entre nosotros; José Joaquín Olmedo, en el Ecuador; Francisco Acuña de Figueroa, en el Uruguay; Andrés Bello, en Venezuela, saludaron con acento inflamado el alba que nacía sobre el Nuevo Mundo, pero bajo la generosidad de su entusiasmo persistía la rígida arquitectura literaria. Los poetas seguían encerrados, como en un

desván de teatro —o en un noble museo, según la jerarquía de su inspiración—, en los mismos aposentos donde sus antecesores amontonaron los tropos mitológicos más bellos, las cadencias métricas más justas, que el tiempo había roído como a las estatuas de los parques y que era inútil insistir en emplear en las decoraciones frescas. Una lucha enconada se produjo dentro de ellos mismos. Por un lado, estaban la revolución política y el consiguiente levantamiento bélico, que admiraban y aplaudían; por el otro, una colección de instrumentos musicales empolvados por los siglos, que también aplaudían y admiraban, con los cuales quisieron formar la orquesta que expresaría su sonora adhesión a la causa emancipadora. Porque fueron verdaderos poetas lograron conciliar, pasajeramente, esos dos elementos distintos: lo muy joven de la empresa con lo muy caduco del encomio rimado. Hasta que el romanticismo irrumpió en América como una tempestad.

Se me ocurre que a lo largo del siglo XIX su llama se extendió por América con crepitar de incendio, abrazando los corazones. ¡Por fin habían hallado su voz los ríos desenroscados como ofidios inmensos, las llanuras que fatigan al pájaro, las florestas celosas, la cordillera trágica, el embestidor océano, el cielo de mil ojos de cristal, todo lo que América tiene de desmesurado, de grandilocuente, de torrencial, de telúrico —por decirlo con un vocablo muy americano—, todo lo que retumba en sus cascadas y en sus desfiladeros, todo lo que suspira entre sus árboles olorosos o sobre el trébol de sus pampas! Los ásperos caudillos, las mujeres de ojos como carbones, los pálidos y afiebrados que en la proscripción buscaban

alivio a su amargura y fuerzas para derrocar a los tiranos, los tribunos ardientes, los generales de las proclamas eléctricas, los personajes del drama continental, eran románticos "avant la lettre". El romanticismo fué para ellos como una ineludible desembocadura hacia la cual se precipitaron, en cascada caudalosa, los ríos espirituales de América.

Cuando Echeverría llegó a Buenos Aires, de regreso de sus cinco años franceses (1825-1830), trajo, con su monóculo y con el deslumbramiento de sus vinculaciones europeas, la buena nueva del romanticismo. ¿Qué fórmula podía convenir mejor a un continente que nacía a la libertad y donde, por eso mismo, la personalidad de cada uno se exaltaba hasta el delirio? ¿Y qué mejor símbolo de que era ésa la fórmula adecuada para los países que acababan de quebrar la tutela española, que el hecho de que el romanticismo viniera importado de Francia como algo directo, algo que no había pasado por el colador de España, pues España —puesta en fila con las naciones americanas— recibió simultáneamente su mensaje?

América había hallado su voz. El balbuceo no se ajustaría sin discordancias. Habría excesos, habría locuras. No importa. América se incorporaba en su lecho verde. Doquier, los poetas desmelenados, gemebundos, apostrofantes, rodeaban a la diosa desnuda. Su número creció. Por centenares se multiplicaron en los cafés bohemios llenos de humo, bajo las palmeras inmóviles, en los puertos con perfume de café y de cacao, en las plazoletas que preside una estatua entorchada, en las quintas semidormidas, voluptuosas como sus magnolias, en los pasillos de los palacios presidenciales y de las legislaturas. En medio

de aquel torbellino, el tiempo, gran catador, fué escogiendo, clasificando... Para llegar a Darío, a Lugones, a Olavo Bilac, a Herrera y Reissig, era menester que ese empuje voraz cediera y se encauzara. Así cubrió a América la floración de los poetas románticos, entre los cuales hay artistas de calidad, como los que en esa época pintaban en Europa los óleos perdurables, y los hay atrocemente indigestos, como los decoradores que inundaron las casas de 1840 con "pouffs", con biombos, con vitrinas, con chucherías. Muchos, muchísimos fueron los mediocres, los meros imitadores, los que bastardearon al romanticismo y su pasión por la originalidad extravagante, no conservando de él más que el rótulo y la receta.

En esta Antología apenas si hemos reunido, por razones lógicas de espacio, unos cuantos nombres, representativos de lo que fué ese movimiento literario en la América del Sur. En ella podrá el lector discriminar valores, y elegir, acá y allá, ese verso suelto que queda vibrando en el oído, mucho después de que el libro se ha cerrado y de que la realidad nos interpela. Lo interesante es el movimiento en sí, la jubilosa unanimidad del movimiento en sí, que, desde la selva amazónica hasta la llanura pampeana, otorgó a la libre América un carácter, un "tono", una voz.

MANUEL MUJICA LAINEZ

Mayo de 1946.

BREVES NOTAS SOBRE LOS POETAS INCLUIDOS EN ESTA LIRA

ARGENTINA

ESTEBAN ECHEVERRÍA (1805-1851). — Nació en Buenos Aires. Desde 1825 hasta 1830 vivió en Francia, donde tomó parte activa en el movimiento romántico. De vuelta al Plata, introdujo el romanticismo en nuestras letras. En 1825 publicó *Elvira o La novia del Plata*; en 1834, *Los Consuelos*; en 1837, *Rimas*.

La revolución que provocó en la literatura rioplatense fué tan importante como la que suscitó en su ideario político. En 1838 fundó la célebre "Asociación de Mayo" y escribió el *Dogma Socialista*, cuya influencia sobre nuestra democracia ha sido extraordinaria. Al año siguiente emigró a Montevideo y allí residió hasta su muerte, siendo el verdadero maestro y director de un grupo numeroso de emigrados argentinos, quienes alzaron por bandera sus *Palabras Simbólicas*.

JOSÉ MÁRMOL (1817-1871). — Nació en Buenos Aires. En 1838 fué encarcelado, por orden de Rosas, a causa de sus ideas. Emigró, y en 1840 se radicó en Montevideo, donde no cesó de luchar contra el tirano, como periodista y escritor político. Después de Caseros, desempeñó en la Argentina altos cargos, como los de miembro

RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE

PRELUDIO AL MAMORÉ

Tú aquí en regiones ignoradas giras,
serpiente nacarada, bajo un cielo,
palio de lumbre por do tiende el vuelo
la garza colosal;
río argentado que onduloso ciñes
vírgenes bosques, o en variadas tintas
sobre tu espejo con sus nubes pintas
el éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras,
tus palmas miro que columpia el viento,
oigo en tus selvas armonioso acento,
y admiro tu quietud:
¡Oh!, tú, a quien siempre en ilusión lejana
vi cual portento que a la patria mía
las puertas abras a su gloria, un día,
gran Mamoré, ¡salud!

De región fría y apartada vengo,
donde el monarca de los Andes brilla
con su manto de armiño, maravilla
de ingénito poder.



De allí al empuje de infortunio infando
yo vengo, sí, cansado peregrino,
y al verte aparecer en mi camino
ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota
alegre canto y de solaz lo llena;
así el proscrito ya olvidó su pena
al verte, Mamoré.

Si no es mi canto como el dulce canto
de los bardos que pueblan tus regiones,
preludia sobre ti las bendiciones
del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos
genio escondido en soledad murmuras
al blando soplo de las auras puras
con plácido reír;
mientras la patria tu existencia ignora
cual tú ignoras que en ella los humanos
se agitan por correr tras los arcanos
de un grande porvenir

Sobre tu manto líquido, ondulante
refleja el cielo diamantina estrella
que suerte anuncia venturosa y bella
al patrio pabellón;
cumplirse debe tan brillante ensueño,
undoso río, que hacia el mar te lanzas
mecido por futuras esperanzas
de gloria y ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos
que aún ostentan ropaje de esmeralda,
o ya a los juncos de la verde falda
arrancas tierna flor;
tu majestuosa soledad recrean
parleras aves de pintadas plumas
que en ti retratan su elegancia suma
girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla,
blanco bufeo que rasgando el agua
el rumbo sigue de veloz piragua,
o la hoja que cayó,
o ya algún tigre que a la opuesta margen
se lanza a nado con tranquila frente,
perturban la quietud de tu corriente,
que el hombre aún no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen,
cual amante a los pies de la que adora,
cuando el último rayo del sol dora
tus ondas de cristal,
te deleitas feliz con los perfumes
que en alas de la brisa pasajera
te arroja de su ondeante cabellera
tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques
en el silencio de la noche, cuando
con grito melancólico turbando
la augusta soledad,

el pájaro gemífero y el viento
en bonanza te aduermen deliciosa,
mientras el rayo de la luna hermosa
te da su claridad.

Tal es tu vida en el presente, ¡oh río!;
gigante puerta del soberbio templo
que de prósperos pueblos ese ejemplo
la patria labrará.

Hay de vida otro mundo que en ti duermo,
mundo y vida de acción en la natura
con que a los hombres dispensó ventura
la mente de Jehová.

Dormiste el sueño de pesados siglos,
siempre ignorado resbalaste en calma;
siendo tus ondas de la acción el alma
tu noche larga fué.

Rompa tu sueño secular el hombre;
tu margen pueblo de ciudades bellas;
marque en tus bosques el vapor sus huellas,
¡despierta, Mamoré! . . .

JOSÉ EUSEBIO CARO

EL HACHA DEL PROSCRIPTO

Dieu! qu'un exilé doit souffrir.

BÉRANGER

FINA brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
Voy contigo a sepultarme,
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres;
¡Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo! . . .
¡Oh!, salgamos de estas calles
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte.
¡Ay!, tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ven, sígueme en los días
De mi vejez!